

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LITERATURA.

Descripcion geográfica del reino de la Poesía.

La Poesía es un reino muy dilatado y poblado. Confina al oriente con la *Elocuencia*. Al mediodía con la *Pintura* y *Escultura*. Al occidente con la *Música*; y las costas del norte las baña el Océano de la *Eru-dición*.

Se divide como otros muchos reinos, en *pais alto* y *bajo*. La Poesía alta está habitada por una especie de graves personajes de aire magestoso, de frente ceñuda, y cuyo lenguaje comparado con el de otras provincias, es como el castellano respecto al gallego. Los hombres son ordinariamente héroes de profesion. Se divide en dos pedazos de un solo golpe á un gigante armado de pies y cabeza, es para ellos una friolera. En cuanto á las mujeres, el mismo no merece compararse con la mas fea. Los caballos de esta comarca corren con mas celeridad que

el viento, y los árboles levantan su copa hasta las nubes.

La capital de esta provincia se llama *Poema Epico*. Está edificada sobre un terreno arenisco y árido, que pocas personas se atreven á cultivar. Dicese que esta ciudad es mas grande que Niniye. Lo cierto es, que los viajeros que han querido correr todas sus dimensiones, se han cansado ántes de llegar al cabo. Sus habitantes, y en general los de todo el reino, son nimiamente escrupulosos sobre la verdad de lo que refieren. Entretienen á un extranjero con cuentos forjados á su gusto, que venden con mucha seriedad, y de una manera que interesa mucho: cuidan de conducir á los curiosos al mausoleo de Homero, al sepulcro de Virgilio, y al monumento erigido en el último lugar á la memoria de Telémaco. Lo que desagrada en esta ciu-

dad son las querellas, los desafíos, los combates, y las crueles mortandades que se encuentran á cada paso; pero la tristeza que inspira este espectáculo, se desvanece luego que se pone un pié en el grande arrabal llamado de las *Novelas*, que es mas estenso que la ciudad misma. En él es hermosísima la sangre, y todas las personas de uno y otro sexo son las mas cumplidas que puedan imaginarse, todas han viajado, y han sido amantes finos y apasionados, pasando todo el tiempo en placeres y continuas funciones. Casi nunca permiten que ningun extranjero vuelva á su patria, sin haber asistido á cinco ó seis casamientos de los mas brillantes.

Desde las estremidades de este arrabal, se descubren montañas muy altas y escarpadas, rodeadas de precipicios por todas partes. Aquí tiene su asiento la *Tragedia*, pais del todo extraordinario, donde se advierten con especialidad las ruínas de algunas ciudades antiguas, cuyas reliquias son suntuosas. Desde el momento que alguno se aproxima á él, se siente ocupado de una funesta melancolía, y llegado se ven unos habitantes tan crueles y sanguinarios, que las mujeres mismas, cuyo corazón se tiene por mas tierno y compasivo, aquí se alegran á la vista de un miserable á quien dan de puñaladas, ó que él mismo se destruya ó toma un veneno.

Habia en la provincia un palacio encantado llamado *Opera*. Este lo habia construido un magico italiano, de manera que pudiera trasladarse

á todo el Universo; pero habiéndose desfigurado su arquitectura con el tiempo, y no habiendo quien lo reparara ni defendiera, fue arrebatado por una parte de tropas ligeras que salieron del *Burlesco*, provincia situada sobre los confines de la *baja Poesia*. Estos conquistadores le mudaron el nombre al palacio, llamándole *Opera cómica*. No muy distante de este edificio en una situacion de las mas ventajosas, se descubre la antigua ciudad de la *Comedia*. Se observa generalmente en esta ciudad agradable, un gusto natural por la pintura; pero es lástima que se sirvan alguna vez de este talento, para pintar objetos peligrosos de un modo falaz y halagüeño. Cada uno de los habitantes se divierte gustoso con las ridiculeces de su vecino, sin cuidar mucho de disminuir las suyas. La ciudad está dividida en cinco cuarteles, á la entrada de cada uno se recibe á todos por una compañía de músicos y danzantes; la concurrencia de la plaza está defendida por una ciudadela, llamada en lengua del pais *Prologo*. Allí se detienen á todos ántes de dejarles entrar en la ciudad, para informarles de lo que en sí encierra, y rogarles que se porten cortésmente mientras permanecieren allí. Estas precauciones se han tomado para mantener la plaza segura contra las empresas de una nacion astuta y malvada, llamada *Críticos*, siempre contrarios y en continua guerra con la *Poesia*.

Sobre el declive de una colina se ofrece otra ciudad, que es la *Tragi-*

Comedia. Pretendian hacerla rival de la que acabamos de nombrar, pero aunque algunas personas de la mas elevada clase habian formado este proyecto, no lo han podido conseguir.

La *Poesía alta y baja* están separadas por las vastas *Soledades del buen juicio*, especie de destierro donde no se encuentra ni lugar, ni aldea, sino solamente algunas casas esparcidas por la llanura: en lo demás el pais mas ameno del reino: produce en abundancia todas las cosas necesarias á la vida: la escasez de habitantes en esta rica comarca proviene primeramente de que sus caminos son estrechos y escabrosos, y en segundo lugar de la dificultad de hallar guías.

Por otra parte esta provincia está rodeada casi por todas partes de la *del Espíritu foletó*; cuyo pueblo voluble y sin permanencia se entretiene en correr tras de graciosas vaguetas y brillantes fantasías, ó se duerme entre los brazos del deleite: de manera que pocas personas quieren salir de allí y tomarse el trabajo de penetrar las soledades vecinas. La capital de esta peligrosa provincia se llama *Elegia*: Está rodeada de grutas, de arroyuelos, de rocas y selvas donde los solitarios habitantes se pasean incesantemente. Los hacen confidentes de sus amores, y temen tanto el que les hagan traicion, que les ruegan encarecidamente guarden un silencio que los pobres peñascos nunca han pensado quebrantar.

El reino de la *Poesía* está bañado por dos rios, que son la *Rúna* y la

Razon. Este lleva todo su curso por las *Soledades del buen juicio*. De aquí nace que sea poco frecuentado. El otro nace al pié de la montaña del *Delirio*. Un castillo, que está construido sobre sus orillas con mucha elegancia, detiene un crecido número de viajeros; éste se llama la *Irrivolidad*. La provincia que acabamos de describir confina con la vasta selva de la *Falla de juicio*; cuyos árboles están tan espesos, tan tupidos de hojas y tan enlazados entre sí, que los rayos del Sol no han podido jamás penetrar en ella. Es tan antigua que los hombres hacen punto de religion el no tocar á ninguno de sus árboles. Sobre sus confines se halla la *Imitacion*, provincia muy estensa; pero enteramente estéril, así sus habitantes están en suma pobreza: ganan su vida en espigar en los campos vecinos, lo cual hacen sin manifestar mucho agradecimiento á los propietarios.

La *Poesía* es sumamente fria por la parte del norte. Está habitada por hombres de pequeña estatura, pedantes y afectados, tanto que si los acechais, no os hablarán sino latin y harán girar la conversacion por espacio de una hora sobre un término, ó sobre un pensamiento presentado de cien modos, y ninguno que merezca la pena de escucharlos. Aquí es donde se hallan las pequeñas ciudades de *Anagrama*, *Acrosítico*, *Enigma*, y algunas otras que no interesan bastantemente para visitarlas. La única cosa notable en esta provincia es que no se encuentra ni siquiera un anciano, todos mueren jóvenes.

El reino confina por la otra parte con el Océano de que hemos hablado. A alguna distancia de las costas se encuentra la isla de las *Sátiras*, dependiente del reino de la Poesía. El mar que rodea esta isla, abunda en sales sumamente acres y picantes. Esta es quizá una de las causas que hace el temperamento de estos isleños tan bilioso, y de humor áspero y mordaz. Hay no obstante una ciudad, cuyos habitantes son de mejor carácter. En tiempo que esta isla estaba en poder de los romanos, fué gobernada por un cierto *Juvenal*, el que puso los medios mas eficaces para preservarlós del contagio de lo demás de la isla, y dejó á su posteridad un buen modelo que aun no se ha perdido enteramente.

También se podría hablar de la provincia *Epigramas*, que termina en un cabo ó punta muy aguda, en donde se tuvo intención de fabricar un castillo con su faro que debía llamarse *Laureato*. Por no haber tenido efecto algunos peligran en él, y se ven fluctuar continuamente sobre sus aguas multitud de pequeños trozos desprendidos de diversos lugares; y que siendo la misma ligereza, los llevan las olas á su arbitrio, amenazando alguna vez las costas del *Sano juicio*. Se trataba de impedir que abordasen á estas costas los *Sonetos*, *Madrigales* y *Canciones*; pero despues de haberlo reflexionado mejor se juzgó que no habia mucho peligro en que arribasen.

Cádiz.

B.

ANÉCDOTA INGLESA.

Durante las turbulencias del reinado de Carlos I, pasó á Lóndres una jóven aldeana á buscar su colocacion en alguna casa en calidad de criada, y no habiendo hallado conveniencia se vió precisada á entrar en una taberna para llevar cerveza á las casas. Vióla un dia el fabricante de cerveza que abastecía la taberna, le pareció demasiado hermosa para que sirviese en un ministerio tan humilde, la llevó á su casa, y se aficionó tanto á ella en poco tiempo, que la tomó por su esposa.

Habiendo quedado viuda y con todos los bienes de su difunto marido, que eran grandes, y la constituyó única heredera; Mr. Hide, abogado, y que despues fué tan célebre bajo el nombre de Conde de Clarendon, se encargó de arreglar los asuntos de la testamentaria, y viendo que su clienta era poderosísima, no paró hasta obtener su mano. De este matrimonio nació una hija que fué mujer de Jacobo II, y madre de María y Ana, reinas de Inglaterra.



Perdío....!

*Cuando á mi adorado padre
Tierno llanto consagrara
Fuera su tumba mi templo.*

LISTA.

I.

Por qué, mi Dios, un valle de amargura
Creaste para el hombre que te adora?
Por qué en el alma de fatal tristura,
Para el que humilde y misero te implora,
La llaga abierta está?

Si el nacer y el morir se dan la mano,
Si este tránsito amargo es un ensueño,
Si en la tumba del mundo es un gusano
El mortal infeliz; por qué del sueño
De la nada saldrá?

Asomado á las puertas de la vida
Nos llama el tierno infante con vagidos;
Nuncios de su existencia dolorida,
Imágen de los flébiles quejidos

Que al morir lanzará;
Después que hasta las becas agotado
Haya el cáliz amargo de las penas:
Sí, porque en las pasiones abismado,
El fuego que circule por sus venas
La muerte apagará.

Yo, gran Dios, desde niño sonreía,
Contemplando el torrente impetuoso
Que arrastraba la edad que florecía
Al piélagos insondable y proceloso
De la perversidad;

Porque en brazos de un padre, tierno amigo,
Hallé bonanza, hallé seguro puerto,
Hallé una roca que me dió su abrigo,
De rosas un sendero hallé cubierto,
Hallé felicidad.

Pero bonanza y puerto y roca y senda,
Perdí en la tempestad que conjurada
Contra Gades, bramó con furia horrenda,
Y el alma me dejara lacerada

Con herida mortal:
Ya he perdido al autor de mi existencia,
A un padre entre los buenos sin segundo;
Y solo pido ¡oh Dios! á tu clemencia,
Que nunca calme mi dolor profundo;
Mi llanto sea eternal.

II.

Y tú, dulce madre mía,
Esposa desventurada,
Por el Cielo destinada
A vivir sin alegría.
Ese llanto que abundoso
Por tu pálida mejilla
Corre, no me maravilla,
Que lloras á un tierno esposo.
El amor que te juró
Al unir á tí su suerte,
Hasta en su lecho de muerte
Ileso le conservó.

En su horrible agonía
Te probó lo que te amaba,
Pues solamente llamaba
Entre ayes a «*Maria*.»
Así el dolor penetrante
Que aqueja tu corazón,
Te redobla tu aflicción
Cada día á cada instante.

Empero enjague tu lloro,
Madre mía, mi cariño;
Me decias cuando niño:
«En tí á tu padre yo adoro.»

Y ese crespon funerario
No tenga tu alma velada,
Que de tu imágen amada
Es mi pecho el santuario.

De tu temprana vejez
Seré el báculo, lo juro,
Y tú sabes que perjuro
No es tu hijo ni una vez.

Tú, á tus pechos me criaste,
Mi lecho fué tu regazo,
Mi almohada el suave brazo,
Y siempre al verme mezolaste

Tu suspiro de dolor,
Tu lágrima de ternura,
Tus palabras de dulzura
Y tu sonrisa de amor.

Tú mis gracias infantiles
Pagaste con besos mil,
Y tú, al albor de mi abril,
Te gozaste en mis abrilés.

Ya soy hombre, dulce madre,
Y pago deuda querida,
En mantenerte la vida
Sustituyendo á mi padre.

Calma, pues, amorosa madre mía,
Ese acerbo penar que te envenena
Tu lánguida existencia noche y día;
Y dí con faz serena:

«Por su virtud mi esposo está en el Cielo,
Y en la tierra mi hijo es mi consuelo.»

Cádiz: 1834.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

← Aunque esta composición poética ha visto la luz pública en otros periódicos de literatura, le hemos dado cabida en el nuestro por complacer á algunos amigos del autor.

Doña Urraca y Don Alonso el Batallador.

Sancho I, rey de Aragón, fué muerto en el sitio de Huesca. Pedro, primero de este nombre, su hijo mayor, le sucedió en el trono, y después de una señalada victoria conseguida contra varios príncipes coligados en defensa de los moros de Huesca, se apoderó de esta ciudad en 1094.

Los diez años que aun vivió, después de tan memorable jornada, ofrecen una serie no interrumpida de conquistas y de honrosos triunfos alcanzados sobre los infieles. Murió en 1104, sin dejar sucesion, porque seis meses ántes habia fallecido su hijo único, que tambien se llamaba Pedro; pero el trono de Aragón fué

digoamente ocupado por el hermano del difunto rey, llamado D. Alonso, príncipe de excelentes prendas, valiente á toda prueba, que se habia señalado en las guerras de la época de un modo particular, sobre todo en la referida batalla, en que estuvo encargado del mando de la vanguardia, é hizo grandes proezas.

Reinaba en Castilla Alonso VI, el que echó á los moros de Toledo y de Madrid, el cual tenia un hijo habido en la reina Zaida, una de sus seis mujeres. Llamábase Sancho, y siendo aun muy jóven partió por órden de su padre á una expedicion contra los moros en el año de 1107;

acompañando al cabo de la misma, D. García conde de Cabra. Presentóse la batalla á los enemigos en Ucles, y en ella perecieron el príncipe heredero, D. García y otros muchos caballeros de la primera nobleza. Esta batalla es conocida en la historia con el nombre de *la de los siete condes*, porque en efecto, otros seis señores castellanos que gozaban de este título, mandaban diferentes cuerpos, y á todos en gefe el conde de Cabra.

La infanta Doña Urraca, hija del rey D. Alonso VI y de la reina Doña Constanza, habia estado casada con Raimundo de Borgoña, y tuvo de él un hijo llamado Alonso. La relajada conducta de aquella princesa le granjeó el desprecio, en razon de la indiferencia con que por sus vicios era mirada la madre; y teniendo en cuenta, ademas que el difunto marido de Doña Urraca habia sido extranjero, ni el rey ni los ricos hombres de Castilla aceptaban de buena gana al niño Alonso como sucesor á esta corona. De aquí dimanó que pensasen en dar un segundo esposo á Doña Urraca: unos pusieron los ojos en D. Gomez, conde de Candespina: otros en D. Alonso, nuevo rey de Aragon: y el rey de Castilla se decidió por éste.

D. Alonso de Aragon casó, pues, con Doña Urraca, y habiendo fallecido en el año de 1109 D. Alonso VI, quedó encargado del gobierno de Castilla su primer ministro D. Pedro Anzúres. Bien conocia el de Aragon todas las debilidades de su esposa; pero como no se habia ca-

sado sino por razones diplomáticas, se desentendia de todo; y habiéndola enviado al reino de Leon, para que de acuerdo con D. Pedro Anzúres arreglase algunos negocios urgentes, tuvo el disgusto de saber que con reprehensible ligereza habia destituido desde luego al gobernador.

Indignése con esta noticia, y terminados algunos negocios que le detenian en Aragon, trató de presentarse en Castilla. Continuó disimulando su disgusto por todas las irregularidades de la conducta de la reina; y sin levantar el destierro á D. Pedro Anzúres, que se habia retirado á Urgel, le indemnizó de todas las pérdidas que le ocasionára su desgracia. D. Alonso se hizo amar de los castellanos por la nobleza de sus sentimientos, por la afabilidad de sus maneras, por su equidad, por su celo respecto de los intereses públicos; y como creyese que estando en tan buena disposicion los grandes y el pueblo en Castilla, podria él volverse á Aragon con seguridad, para dar cabo allí á otras empresas, sin dejar de ejercer por esto plena autoridad en los nuevos estados incorporados á la corona de Aragon por su casamiento con Doña Urraca, se puso en camino para aquel reino; pero apenas hubo vuelto la espalda, cuando su mujer, mas atrevida que nunca, proclamó la nulidad de su matrimonio, y tomó todas las disposiciones que le parecieron convenientes para reinar sola en Castilla y Leon, sin reconocer dependencia alguna de su marido; el cual volviendo sin tardanza á

donde el peligro le llamaba, y autorizándose con la escandalosa conducta de Doña Urraca, la llevó á Aragón, y la encerró en la fortaleza de Castellar, cerca de Zaragoza. Los cortesanos de la reina no opusieron resistencia á D. Alonso por entónces, y aun consintieron que éste dejase gobernadores aragoneses en muchas plazas fuertes de los estados de Doña Urraca, relevando tambien con guarniciones aragonesas las leonesas y castellanas.

En tal estado de cosas empezaron á pronunciarse poco á poco algunos grandes en favor de la cautiva reina, y entre ellos fueron los principales sus dos amantes, D. Gomez, conde de Candespina, y D. Pedro de Lara, hijo de otro D. Pedro, famoso en la historia y en la tradicion por el llamado duelo de Zamora. Doña Urraca se escapó de Castellar, apareciendo repentinamente en Castilla, causando su llegada una revolucion. Sus partidarios querian que ocupase el trono sin reconocer ninguna autoridad en D. Alonso: sus dos amantes estaban respectivamente dotados de bastante amor propio, para esperar cada uno de ellos obtener la mano de Doña Urraca, tan pronto como se declarase el ya solicitado divorcio; pero algunos que preveian muchos males si se emancipaba la reina de la dependencia de D. Alonso de Aragón en tan críticas circunstancias, fueron bastante felices para llevar á cabo una peligrosa tentativa. Doña Urraca pasó otra vez á manos de D. Alonso, y éste la mandó encerrar en el casti-

llo de Soria. Libre ya el marido de los compromisos en que diariamente le ponía aquella mujer turbulenta, se dedicó á gobernar en paz y justicia los reinos de Castilla y Leon, como gobernaba con gloria los de Aragón y Navarra.

Los prelados y los ricos hombres de Galicia, en donde existia, al cuidado de D. Pedro de Trava, el jóven Alonso, hijo de Doña Urraca y de Raimundo de Borgoña, pensaron que seria injusto privar á este príncipe de la sucesion al trono de Castilla que le pertenecia de derecho, y á esta opinion se asociaron tambien el arzobispo de Toledo y otros prelados castellanos y leoneses. Entre tanto se principió á examinar si el matrimonio de D. Alonso de Aragón con Doña Urraca era ó nó válido, y observaron que siendo parientes en tercer grado no estaba de acuerdo aquella union con lo prevenido en las leyes de la Iglesia. Sin pérdida de tiempo escribieron, pues, al Papa, y se obtuvo un breve en el cuál se prevenia al obispo de Compostela que procediese á la anulacion y disolucion de semejante enlace, escomulgando á la reina Doña Urraca en caso de oponer resistencia.

Seguramente no hubiera podido resolver el Pontífice en términos mas lisonjeros para ésta; pero D. Alonso recibió una grande mortificacion, y en despique castigó á los prelados que habian sido causa de la expedicion del breve, y verificó una incursion en Galicia, talando el pais y apoderándose de muchas ciudades. Y aun hubiera llevado mas allá los

fectos de su resentimiento, si en su prespicacia diplomática no hubiese reconocido que era menester hacerle amable y ser indulgente, y emprender la conquista de los corazones con otros títulos, ya que mediaban en contra de sus armas y de sus pretensiones tan claros derechos; pero también el jóven Alonso manifestaba brillantes cualidades, y había cultivado el amor de los suyos, que con el apoyo de Enrique, conde de Portugal, le coronaron en Compostela, y levantaron el estandarte de la guerra contra el rey de Aragon. Este, luego que tuvo noticia de la coronacion del infante, se dirigió al castillo de Soria, y repudió públicamente á Doña Urraca, sin omitir ninguna circunstancia que pudiese contribuir á consignar con todas las solemnidades posibles el desprecio que le inspiraba, poniéndola además él mismo en libertad. Golpe de política que hace mucho honor á aquel soberano tan prudente como generoso. Trató de evitar que los castellanos se uniesen á los gallegos y abrazasen la causa del infante por compasion hácia su madre, prisionera en Soria; reanimó las esperanzas de los partidarios de Doña Urraca, que habian de recibirla en Castilla con los brazos abiertos; calculó que la madre querria reinar sola oponiéndose á reconocer los derechos de un hijo á quien no amaba: infirió que la consecuencia de todas estas premisas sería una guerra civil en Galicia, Castilla y Leon; y no dudó que cuando llegasen á tal punto las cosas (lo cual no debía tardar mucho)

triunfarian de la madre, del hijo, de los partidarios de uno y otro en sus reinos, y de los príncipes que apoyasen los designios de ambos, las fuerzas aragonesas y navarras, mandadas por un hombre que habia merecido el dictado de Batallador por haberse encontrado, y hecho prodigios de bravura, en veinte y nueve acciones de guerra.

Los castellanos, no obstante las divisiones interiores, reconocieron á Doña Urraca: los gallegos sostuvieron al infante, bien que les hubiese abandonado el conde de Portugal, haciendo alianza con el rey de Aragon. En ámbos reinos se levantaron tropas: D. Pedro de Trava, asistido de D. Diego Gelmirez, obispo de Compostela, se puso al frente de las del infante D. Alonso: los dos adoradores de Doña Urraca mandaban los tercios de Castilla; y cada uno de ellos veia en la destruccion del infante asegurada su fortuna con la mano de la reina.

D. Alonso el Batallador no tenia mas que elegir entre dos ejércitos enemigos, y una vez hecha la eleccion verificar el ataque. Marchó, pues, contra los amantes de la reina divididos tambien entre sí por la passion de los zelos: los alcanzó acampados cerca de Sepúlveda, y les presentó repentinamente batalla; ellos la aceptaron y fueron derrotados sin grande esfuerzo, huyendo cobardemente D. Pedro de Lara y retirándose á Búrgos, y habiendo sido muerto en la accion el conde de Candespina.

El rey de Aragon guió su ejérci-

to victorioso contra el infante, que con los suyos le salió al encuentro, y avistándose en Villadarias, entre Leon y Astorga, se dió una sangrienta y obstinada batalla, en la cual quedó igualmente el campo por los aragoneses, y fué hecho prisionero el general D. Pedro de Trava. También hubiera caído en poder de los enemigos el infante, á no haberle retirado con tiempo el obispo de Compostela, conduciéndole á una fortaleza á donde se habia refugiado Doña Urraca, mientras se reunia otro ejército que oponer al usurpador. El obispo supo convencerla para que de allí en adelante marchase de acuerdo con su hijo, haciendo con él causa común, como uno de los medios mas á propósito para triunfar de los afortunados invasores, que se habian apoderado ya de Nájera, de Palencia, de Burgos, y aun de Leon, robando, quemando, y talando cuanto se les ponía por delante. El obispo facilitó á Doña Urraca y al infante, ya coligados, armas y dineros: los soldados de Castilla y Leon hicieron levantar el sitio de Astorga á los aragoneses; y algunos reveses que experimentó el general Martin Muñoz, al conducir de Aragon los refuerzos pedidos á toda prisa por el rey, fueron causa de que éste se encerrase en Carrion, donde se vió sitiado á su vez por el ejército de la reina. En gran peligro estuvo de caer en manos de Doña Urraca; pero ocurrió la llegada de un legado del Pontífice, cuya mision era interponer la autoridad de la silla apostólica para terminar aquellas guer-

ras, y con este motivo hubo una suspensión de armas, durante la cual se desertaron muchos soldados de la reina, quedando casi reducido á la nulidad su ejército. El legado nada consiguió, y D. Alonso el Batallador con noticias que tuvo del campo de los sitiadores, salió de Carrion sin obstáculo, y se puso de nuevo en campaña.

Dicen otros que el abad de Cluni, legado del Pontífice, consiguió de la reina que se levantase el sitio de Carrion dejando al rey en libertad; lo cierto es que D. Alonso evitó, y los castellanos por su parte evitaron también, una batalla decisiva, porque ni los castellanos ni los aragoneses se consideraban bastante fuertes por entónces.

Muchos grandes y caballeros nobles habian jurado obediencia á la reina; entre otros el mismo D. Pedro Anzúres, que ofendido de aquella, creyó que estaba de su parte la justicia, y se presentó con un dogal al cuello delante del rey D. Alonso, á quien es fama habló en los términos siguientes: « En haberos quitado á vos el homenaje, y haber hecho juramento de obedecer á la reina mi señora, he hecho lo que debia á título de buen vasallo; en haber faltado al juramento de mantener por vos los castillos he faltado como delincuente: para que no se dilate el castigo de esta culpa, traigo el dogal al cuello. » El rey de Aragon le perdonó inmediatamente.

Los castellanos deseaban sacudir el yugo de los aragoneses; pero los

escandalosos desórdenes de la reina, los proyectos ambiciosos y la poca circunspeccion de Lara, trabajaban por otra parte en favor de D. Alonso el Batallador. Conocieron entonces algunos prelados y ricos hombres, que para restablecer y conservar la paz era preciso deshacerse del conde D. Pedro de Lara, y á este efecto se confederaron bajo la direccion de D. Gutierre Fernandez de Castro y D. Gomez de Moncada. Prevenido el amante de la reina, abandonó la corte y levantó tropas en defensa suya; pero ni era valiente, ni supo inspirar á los suyos el valor que le faltaba á él. D. Gutierre le persiguió, le alcanzó, le batió, y le obligó á encerrarse en un castillo cerca de Palencia, donde fué sitiado y hecho prisionero. Condujéronlo en seguida al castillo de Mansilla, pero á poco tiempo logró escaparse y se refugió en Barcelona.

Furiosa la reina por el desenlace que habian tenido sus amores con D. Pedro de Lara, el cual pretendió en su delirio exigir de los castellanos hasta el titulo y ceremonial de rey, convirtiéndose su furor en frenesí cuando los grandes de Castilla llegaron á proponerla que ocupase el trono en compañía de su hijo. Léjos de aceptarlo, se retiró á Leon, y se encerró en una de sus torres, amenazando desde allí con los rayos de su indignacion á los que consideraba rebeldes ó traidores; pero el infante la sitió y obligó á capitular, habiendo sido él coronado segunda vez por el obispo de Compostela, y entrando así en posesion de las co-

ronas de su abuelo.

D. Alonso el Batallador no quiso sacar partido de las disensiones domésticas de Castilla, pero al mismo tiempo conservaba en muchas plazas y castillos las guarniciones aragonesas, hallándose perfectamente avenidas con el gobierno del rey de Aragon muchas ciudades. Por aquel tiempo concibió el proyecto de apoderarse de Zaragoza, ocupada por los moros, á cuyo fin emprendió su viaje invitando á muchos príncipes franceses que no habian podido acompañar al célebre Godofredo á la Tierra Santa, y que se ofrecieron á secundar al rey D. Alonso en aquella expedicion tambien contra infieles. Fué embestida la ciudad con el mayor denuedo: los sitiados se resistieron con la mayor obstinacion. Temio, hijo de Alí, rey moro de Sevilla, entró en Aragon con un ejército numeroso para hacer levantar el sitio, lo que no consiguió sino momentáneamente, regresando acobardado á Andalucia: otro de los hijos de Alí vino de Córdoba y obligó á D. Alonso á abandonar, aunque tambien por poco tiempo, el campo de Zaragoza: dióse entonces la famosa batalla de Daroca, ganada por los aragoneses, que cargaron en seguida sobre la capital de Aragon, y la rindieron en el año de 1114, despues de ocho meses de sitio y de cuatro siglos de opresion bajo el yugo de los sarracenos.

Terminada con mucho desahogo aquella grande expedicion, pensó en volver á Castilla, y en efecto continuó esta guerra, sin decidirse la suer-

te por ninguno de los combatientes. Buscábanse el uno al otro, y se hubiérase concluido con una sangrienta batalla, si Calisto II (tío del joven D. Alonso) recientemente elegido Pontífice, no hubiese interpuesto su mediación. Castilla hizo proposiciones, y Aragon las aceptó: firmaron los dos reyes un tratado de paz, se avistaron, y se diéron recíprocamente satisfacciones amistosas, terminándose todas las anteriores desavenencias, y contrayendo matrimonio el de Castilla con Berenguela, hija del conde de Barcelona, por negociacion entablada por D. Alonso el Batallador.

Despues de hecha la paz, que según buenos historiadores se hizo en 1122, el rey de Aragon convirtió sus esfuerzos todos contra los moros limítrofes, tomándoles muchas plazas y ganando no pocas batallas importantes, entre otras una en Andalucía para la cual se habian coligado con el de Córdoba once reyes musulmanes. La fortuna favoreció constantemente su valor, y fué D. Alonso invencible hasta el año de 1134 en que emprendió arrojar á los sarracenos de la embocadura del Ebro. Se apoderó de Mequinenza, y puso sitio á Fraga. Marchaba seguido de trescientos caballeros á reunirse con el grueso de su ejército, y de repente se vió cortado por un formidable cuerpo de caballería enemiga. No se intimidó á vista del peligro: ántes, por el contrario, dijo á los suyos: «¡No temais! ¡Se triunfa del número con el arrojo! Dios es con nosotros! Defendámonos como valientes, y si fuere preciso muramos con gloria!

La muerte es preferible á la servidumbre! No compremos algunos dias de vida con una infamia eterna!»

Acabó de hablar, y se lanzó sobre los enemigos, esgrimiendo su espada esterminadora. Todo lo arrollaba, pero fué cercado y envuelto entre la multitud, porque los que le acompañaban no pudieron evitarlo, y murió matando, acribillado á lanzadas por los moros. Sucedió esta desgracia á 7 de setiembre del año referido, y el cuerpo de D. Alonso el Batallador no fué hallado en el campo. Era un grande hombre: brillaban en él á competencia la entereza de espíritu, el valor y otras excelentes cualidades. Ni la mala fortuna le abatió nunca, ni la prosperidad consiguió embriagarle: fué superior á todo lo que le rodeaba, y tanto mas digno de admiracion y de elogio, cuanto que en medio de tan señalados triunfos, ceñido de tantos laureles, cierto de someterlo todo con solo desenvainar una espada famosa en toda la Península y fuera de ella, supo moderar él mismo su poder, y puso límites y coto á la jurisdiccion real. Aragon le debió sus mejores franquicias y sus célebres libertades.

Doña Urraca murió años despues retirada en el castillo de Saldaña. Fué sepultada en la iglesia de S. Isidoro de Leon.

P. de M.



A LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Soneto.

Custodió en vano la marmórea losa
 Del sagrado sepulcro el descreído;
 Porque se alzó el Señor, y confundido
 Quedó el orgullo de la raza odiosa.
 Celebraron victoria tan gloriosa
 El orbe en sus cimientos conmovido,
 El Sol de nueva lumbre revestido,
 Y del querub la música armoniosa.
 ¡Ah! se alejaron de la faz del mundo
 Las tinieblas sin fin que le cubrieron,
 Arrojadas al Báratro profundo;
 Y cuando de éste el seno comprimieron,
 De Luzbel un gemido tremebundo
 Las precitas legiones repitieron.

Sevilla: 1840.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

LAS NUBES.

T. DE SAINT-PIERRE.

Quando yo estaba en alta mar y no tenía otro espectáculo que el cielo y el agua, me divertia algunas veces en dibujar las hermosas nubes blancas y pardas, que semejantes á grupos de montañas vagaban unas tras otras por el azul de los cielos. A la caída del día sobre todo, era cuando ostentaban toda su belleza, reuniéndose al poniente donde se revestían de los mas vivos colores y se combinaban bajo las mas magnificas formas.

Una tarde cerca de media hora antes de ponerse el Sol, cayó el viento alisado del sudeste, como sucede casi siempre por ese tiempo. Las nubes que hace correr por el cielo

á distancias iguales como su aliento, se hicieron mas raras, y las de la parte del oeste se bajaron y se agruparon entre sí formando un paisaje. Representaban un gran pedazo de tierra formado de altas montañas, las que estaban separadas por profundos valles y coronadas de piramidales rocas. Sobre sus cimas y en sus faldas aparecian unas nieblas desprendidas, semejantes á las que se levantan de las tierras verdaderas. Un rio caudaloso parecia que circulaba en sus valles y que caia aquí y allí en cataratas. Sobre la cúspide y los perfiles de esta isla aérea se elevaban bosquecillos de coco en cuyo centro se entreveían algunas habitaciones. Todos estos objetos no estaban revestidos de aquellas ricas tintas de púrpura, de amarillo dorado, de anacarado y de esmeralda, tan comunes por la tarde al ponerse el Sol en aquellos parajes; no era este paisaje un cuadro colorido, sino una simple estampa en que se reunian todas las armonías de la luz y la sombra. Representaban una comarca no alumbrada de frente por los rayos del Sol, sino por detras con sus simples reflejos. En efecto, así que el astro del dia se hubo ocultado detras de aquel, algunos de aquellos rayos descompuestos iluminaron las arcadas medio transparentes del puente con un color punzon, se reflejaron en los valles y en las cimas de los peñascos mientras que unos torrentes de luz cubrian sus contornos con el oro mas puro y divergian hácia el cielo como los rayos de una aureola, pero la masa entera quedó en su medio-tinto oscuro, y se veia al rededor de las nubes que se elevaban de sus faldas el resplandor de los truenos, cuyos lejanos zumbidos se dejaban oír. Se hubiera jurado que era una tierra verdadera, situada sobre legua y media de nosotros. Puede que fuera una de esas reverberaciones celestes de alguna isla muy lejana, cuya forma nos repetian las nubes con sus reflejos y los truenos con sus ecos. Marineros experimentados mas de una vez se han dejado engañar con semejantes aspectos. Sea de esto lo que fuere, todo aquel fantástico aparato de magnificencia y de terror, aquellas montañas coronadas de palmeras, aquellas tempestades que retumbaban en sus cumbres, aquel rio, aquel puente, todo se deshizo y desapareció á la llegada de la noche, como las ilusiones del mundo al aproximarse la muerte. El astro de la noche, la triple Hecate que repite por medio de mas dulces armonías las del astro del dia, alzándose en el horizonte disipó el imperio de la luz é hizo reinar el de las sombras. Innumerables estrellas, y de un eterno resplandor, brillaron muy luego en el seno de las tinieblas. Oh! si el dia mismo no es mas que una imagen de la vida, si las rápidas horas del alba, de la mañana, del mediodia y de la tarde, representan las tan fugitivas edades de la infancia, de la juventud, de la virilidad y de la vejez; la muerte, como la noche, nuevos ciclos y nuevos mundos tambien descubrirnos debe.

LETRILLAS.

I.

A Silena.

¿Ves la abeja
Cruzar ligera
Bosques y prados
Sotos y selvas?

¿La ves gozosa
Libar sedienta
Del monte ó valle
Las flores frescas?
Pues de tal modo
Sabroso néctar
Bebí en tus labios,
Dulce Filena.

II.

Mi Vida.

Cual pasa el aura
Con blando vuelo
Sierras y montes
Valles y cerros,
Y apenas mueve
Su soplo tierno
Las altas cimas
De olmos y abetos,
Cual se desliza
Por bosque ameno
Meciendo manso

Pimpollos tiernos;
Así mi vida
Siempre riendo
Pasa en el mundo,
Libre de duelos.

III.

La Mano.

¿Cual de tus prendas,
Bella zagala,
En mayor precio
Será estimada?
¿Será tu rostro
Donde las gracias
Juntos pusieron
Albor y grana?
¿Será tu frente
Que á la esmeralda
En lustre y brillo
Se aventajara?
¿Será tu labio
Que aroma exhala
Cuando pronuncia
Dulce palabra?
¿Será tu cuello
Terse cual nácar
Y albo cual lirio
De la enramada?
¿Será tu aliento
Que jamás aja
Las florecillas
De selva ancha?

Nó; que es tu mano
Mas linda y blanca
Que las colinas
Del Guadarrama.

IV.

A una Abejilla.

Abejilla, que el prado
Y la vega recorres
Para beber el néctar
De las lozanas flores;

Llega con blando vuelo
Al soto de Cleone
Y ansiosa apura, apura,
Los pimpollos mas dobles:
Romeros y tomillos,
Mastuerzos y treboles,
Gran copia en él se encuentran
Para llenar tus trojes;
Mas de los dulces labios
De la hermosa Cleone
Sacarás mas panales
Que del vergel y el bosque.

ANTONIO GÓMEZ Y ACEVES.

AVISO.

El presente número es el último que corresponde al tomo segundo de este periódico. El editor empresario del mismo, deseoso de manifestar su agradecimiento á los Sres. suscritores que le favorecen, ha hecho traer tipos nuevos de esquisito gusto, con el objeto de plantear notables mejoras en la parte tipográfica, sin que por eso se aumente el precio de la suscripción. A este fin se publicará el jueves de la próxima semana, dia 7 de Mayo, el número primero del tercer tomo, el cual irá acompañado de una elegante cubierta que servirá para encuadernar el tomo segundo.

Por lo que respecta á su redacción, no omitirá medio alguno para que las materias que haya de tratar sean instructivas, amenas y escogidas, contando para ello con una buena copia de originales, y con la bondad de muchos jóvenes colabo-

radores de Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada &c., cuyas producciones, ya en prosa, ya en verso, los han dado á conocer en la república literaria, por lo que le parece inconducente mencionar sus nombres.

Uno de los Sres. colaboradores mas influyentes en esta ciudad por su posición social, ha acordado con el editor empresario el establecimiento de un gabinete de lectura, en el que hallarán los Sres. suscritores á la AUREOLA todos los periódicos literarios que hoy se publican en la Península, como asimismo los principales que traten de materias políticas. A su debido tiempo se entrará en mas pormenores.

Si estos esfuerzos llegáren á merecer la aprobación del ilustrado público, tendrá el placer el editor empresario de que su deseo por el fomento de las bellas letras en esta provincia, no haya sido infructuoso.